

niños y abatir así los sentimientos egoístas y antisociales es parte principal de su educación.

Requiere particular cuidado el trabajo de fomentar las simpatías. La casa paterna ofrece más campo que la escuela para la manifestación de la simpatía por medio de actos de bondad y de recíproco auxilio. Los padres deben precaverse contra la costumbre de manifestar ciertos sentimientos humanitarios sin mostrar proporcionada disposición á remediar los males ajenos. De ahí que el sentimiento de la conmiseración no se deba excitar al principio como elemento total ó principal por medio de cuentos ó historias que conmuevan, sino más bien en presencia de ejemplos de padecimientos que ofrezcan ocasión para actos benéficos. Es muy fácil el estimular las manifestaciones externas de sentimientos bondadosos sin verdadero espíritu benéfico, y el educador debe reprimir y no favorecer lo que pudiera llamarse llanto teatral en los niños.

Los sentimientos benéficos y el de la humanidad, que es su más noble derivación, deben cultivarse en relación con aquellos estudios que se refieren á la vida humana y sus productos, especialmente con la historia y la literatura. En esto el educador ha de tener por mira el ensanchar el campo de la simpatía, proporcionar más completa percepción íntima de las varias experiencias de la humanidad, y ejercitar la mente joven en la realización constructiva de las menos familiares é inteligibles formas del dolor y del gozo humano. 60

## CAPÍTULO XVIII

### SENTIMIENTOS SUPERIORES

El presente capítulo tratará del tercero y más elevado orden de los afectos, ó sea de los sentimientos abstractos, cuyo desarrollo pertenece al período de la adolescencia, juventud, etc., pero cuyos gérmenes aparecen en la niñez, siendo parte importante de la educación el desenvolverlos y darles consistencia.

*Sentimiento intelectual.*—El primero de esos sentimientos es de especial interés para el educador, por lo que se refiere á la cultura de la inteligencia, y se llama sentimiento intelectual. Este incluye varios sentimientos que se desarrollan y unen con la obtención de conocimientos de diferentes clases. Comunmente se distinguen con los nombres de goces del saber, y cuando se desarrollan hasta tomar permanente forma de afecto constituyen el amor de la verdad. En su relación con la voluntad como estímulo ó incentivo para la acción, se conocen con el nombre de curiosidad ó deseo de saber.

*Sentimiento de ignorancia y de admiración.*—Por lo general se dice que el deseo de saber empieza por un sentimiento de ignorancia ó de perplejidad en presencia de lo desconocido, y este sentimiento es doloroso. El niño que nota, por ejemplo, al oír hablar á otras personas, que hay cosas de las cuales él no sabe nada ó sabe muy poco, por el momento siente malestar y disgusto.

De una manera algo diferente se origina ese descontento en presencia de cosas que sean nuevas, extrañas, y causen perplejidad. Tomemos, por ejemplo, la vista primera del arco iris. Al principio le choca al niño la novedad y hermosura del fenómeno; lo cual constituye una especie de excitación placentera que llamamos admiración ó maravilla. La mente del niño puede detenerse ahí, contentándose con el grato efecto de lo sorprendente, y esto es lo que sucede á los niños y á los adultos en quienes es muy vivo el amor de lo maravilloso; por esta razón, el sentimiento de lo maravilloso excesivamente desarrollado es contrario al deseo de saber y á la curiosidad científica. Sin embargo, cuando el sentimiento antedicho no subyuga y suspende el ánimo, la misma extrañeza del fenómeno estimula á investigar ó inquirir; por lo cual el niño pregunta qué es el arco iris y cómo se ha presentado en el cielo; es decir, que de un sentimiento de sorpresa y maravilla se ha originado un impulso de curiosidad.

*Deleite de adquirir conocimientos.*—Aunque el amor del saber tiene su origen en un sentimiento doloroso (el de la ignorancia y perplejidad) se refuerza en gran manera por los sentimientos placenteros que acompañan á la adquisición del saber. Como dijimos arriba, todo esfuerzo intelectual es agradable, con tal que no se lleve al extremo de ocasionar fatiga; y á cada clase de actividad intelectual acompaña particular satisfacción. De ahí que el ejercicio de las facultades de observación lleve consigo el goce de la actividad sensitiva, como, v. gr., los placeres debidos á la percepción del color y al movimiento. El ejercicio de cada una de las dos grandes funciones intelectuales de la distinción y asimilación, es acompañado de satisfacción particular, pues ocasiona placer el comparar objetos diferentes y el per-

cibir los más delicados matices de la diferencia entre las cosas, como también es objeto de placer aun más vivo para la mente el unir cosas distintas por algún lazo de afinidad. Existe además el deleite producido por la sorpresa y la novedad, y el sentimiento especialmente grato del movimiento intelectual al asimilar y unificar las cosas consideradas antes como diferentes y desunidas. Los niños manifiestan la capacidad de sentir ese placer, por su expresión de extrañeza y gozo cuando descubren alguna semejanza real ó aparente en los objetos.\*

El goce completo de la actividad intelectual se nota en aquellas operaciones más prolongadas que la mente efectúa al averiguar algún nuevo hecho ó alguna verdad nueva. La recepción pasiva de un nuevo conocimiento, hasta cuando ha precedido el dolor de la ignorancia ó de la perplejidad, ocasiona poco deleite si se le compara con el que produce el descubrimiento activo realizado por uno mismo. El niño que resuelve solo y sin auxilio un problema de geometría, experimenta una suma de satisfacción inmensamente mayor que la que siente el niño á quien desde luego se le presenta la solución hecha por otras personas. En el primer caso se pone la mente en completa actividad, pasan por ella con rapidez varias series de ideas, y se produce la excitación intelectual; á lo que sigue el placer de perseguir un objeto y el deleite de la investigación mental. El encontrar alguna dificultad y la tardanza en vencerla sólo sirve entonces para estimular más las fuerzas intelectuales, acrecentando el placer; y por último sobreviene el sentimiento gozoso de conseguir el objeto deseado, de dominar las dificultades, y del triunfo obtenido.

\* El placer que la mente experimenta al descubrir nuevas identidades se echa de ver de la manera más clara en el encanto que para ella tiene el símil poético.

Finalmente, según queda indicado, al dominio y posesión de los conocimientos acompaña la placentera conciencia de la expansión y desarrollo intelectual, pues la mente del alumno se siente enriquecida con nuevos bienes y considera la nueva adquisición como origen de mayor poder personal, porque se ha reducido para él la región de lo ignoto y obscuro y se ha hecho mayor la confianza en sí mismo para afrontar las dificultades con que se tropieza en el mundo. En muchos casos la nueva posesión proporciona á la mente un dominio más seguro de las adquisiciones anteriores; el descubrimiento de una nueva verdad general arroja luz sobre hechos que antes aparecían poco claros, y sirve para unir partes separadas de conocimientos por medio de un principio que las junte. Como último resultado, la nueva adquisición proporciona al estudiante el sentimiento placentero de que se ha aumentado su eficiencia práctica. La función final de todo conocimiento es la de guiar los actos, y el mayor sentido de poder que sigue al aumento de conocimientos incluye cierta realización imaginativa de sus múltiples aplicaciones prácticas.

*Curiosidad de los niños.*—El deleite que proporciona el aprender y ensanchar el campo de los conocimientos, según lo acabamos de analizar, es resultado de un largo trabajo de desarrollo. El amar la verdad en sí misma, y el estar dispuesto á esforzarse por obtenerla, dondequiera que se la haya de buscar, es raro hasta entre las personas mayores. No obstante, en los niños suelen manifestarse claramente los gérmenes de esos sentimientos.

La misma situación de los niños entre las personas y cosas ó circunstancias generales les hace altamente susceptibles á los efectos de la curiosidad y de lo maravilloso. Los objetos y los sucesos en torno suyo son nue-

vos para el niño y atraen su atención; no ha contraído todavía el hábito de la indiferencia por lo consuetudinario, ni los asuntos de la vida le han hecho circunscribir su interés intelectual en las cosas. De ahí el hecho conocido de todos los padres, de que los niños hagan preguntas extrañas y fuera de lugar sobre asuntos que no parecen tener conexión alguna con sus intereses personales.

Mucha de esa curiosidad y maravilla es, sin duda, bastante fugaz. El sentimiento de la ignorancia no se ha excitado completamente y el deseo de saber no está sostenido por un interés definido y suficiente en el asunto particular. Por eso también, los padres observan que los niños suelen cansarse de un asunto aun antes de que se les dé contestación á lo que preguntan, pasando á querer hacer averiguaciones y preguntas sobre otras cosas.

El verdadero sentimiento inquisitivo, para que baste á sostener un acto prolongado de atención, debe ayudarse de algún interés especial. Como ya queda indicado, el interés intelectual tiene su origen en otros, digamos el interés personal, el práctico, ó el estético. Las experiencias personales y los sentimientos y gustos predominantes del niño determinan el sentido en que se dirigen la curiosidad y el deseo de aprender lo relativo á las cosas. Poca ó ninguna afición tiene el niño á los conocimientos en abstracto; pero tiene el germen de varias aficiones que corresponden á diferentes clases de conocimientos; Madame Necker observa que el deleite que á los niños les causan los objetos bonitos, especialmente las flores, las conchas y los pájaros, forma una base natural para la curiosidad relativa á los hechos de la zoología, la botánica, etc. Además, la afición á lo maravilloso, el impulso á las aventuras, y los gérmenes

del sentimiento social y de la simpatía constituyen el natural apoyo de un interés intelectual por los actos humanos y por la historia.

*Desarrollo del sentimiento intelectual.*—De esa manera la curiosidad del niño y su estimación del saber tienden desde el principio como á cristalizarse en formas definidas, que llamamos intereses intelectuales especiales. La dirección de estos se determina en parte por los gustos naturales, y en parte por las particulares circunstancias de la vida del niño. Lo que se ve cada día y se relaciona mucho con las experiencias de la vida doméstica, suple naturalmente el núcleo de un interés intelectual permanente; por eso, v. gr., el hijo del labrador se manifiesta curioso y hace preguntas acerca de los caballos, los sembrados, etc. También influyen muchísimo el ejemplo y la simpatía inconsciente. Los ramos del saber que el padre ó el maestro estiman como de más valor, propenden á ser luego los que más interesen al niño.

El desarrollo del sentimiento intelectual puede medirse de dos modos: 1º, según lo que el interés se ahonda en ciertas direcciones particulares, por ejemplo, en las ciencias naturales, ó en el lenguaje; 2º, según lo que se extienden los intereses, y según el desarrollo de la curiosidad general é imparcial sobre las cosas. Estas dos direcciones del desenvolvimiento son en cierto modo distintas y hasta opuestas; pues el absorberse en investigaciones especiales es fatal al espíritu general de investigación.

Al procurar el desarrollo de los sentimientos é intereses intelectuales, el educador debe seguir el orden marcado por la naturaleza. Sería en vano esperar que el niño sintiera viva y dominante sed de conocimientos al principio; porque ese sentimiento se produce

lentamente, á menos que el niño tenga dotes superiores. Los niños no pueden sentir bien todo el placer de la actividad intelectual, ni pueden al principio apreciar su gran utilidad práctica. Por eso hay que recurrir á los auxilios adventicios; para lo cual se debe utilizar el principio de asociación, y producir cierta afición á los trabajos intelectuales, procurando hacerlos tan agradables como sea posible. La voz grata y el buen modo del maestro pueden servir mucho para recomendar á la atención de sus discípulos un asunto que les sea indiferente.

Pero también se puede tal vez fiar demasiado en el interés extraño y asociado. Nuestro moderno sistema de competencia escolar, con su mecanismo de exámenes, publicación de listas, etc., puede sugerir al alumno la idea de que el valor del saber es relativo y dependiente por completo.

El educador debe procurar desde el principio excitar el amor á los conocimientos por lo que son en sí, y el deseo de poseer la verdad. Esto puede lograrse hasta cierto punto por la influencia del ejemplo y de la simpatía; el profesor que manifiesta verdadero y vivo interés en los asuntos que son objeto de su enseñanza, por regla general tendrá discípulos que también se interesen en ellos. Además el maestro debe sacar todo el partido posible de la curiosidad espontánea de los niños, observando en qué sentido se inclina y aprendiendo así la manera de fijar mejor el interés y la investigación donde más convenga; y como suplemento de ello ha de procurar que se retenga algo de la gran curiosidad *particular* de los primeros años de la vida, y favorecer la tendencia al examen é investigación acerca de las cosas en general. 61

*Sentimiento estético.*—El segundo de los tres sentimientos de que ahora tratamos se conoce con el nombre de sentimiento estético, y también con el de placeres de

la belleza ó del gusto. Estos comprenden varios sentimientos placenteros, como los que se refieren á lo bonito, gracioso, armónico ó sublime en los objetos naturales ó en las obras de arte. Á dichos placeres corresponden como contrarios los sentimientos desagradables producidos por lo feo, discordante, etc.

Los placeres aludidos acompañan á las impresiones que en la mente causan los objetos externos por medio de uno de los sentidos superiores (vista y oído), y más particularmente por la vista. El placer se produce inmediatamente al percibir ó reconocer en el objeto algún carácter ó cualidad agradable, como la brillantez del color, la pureza del tono, la simetría de las líneas, y así sucesivamente.

Los goces estéticos ocupan elevado lugar entre nuestros placeres. Contrastan por su refinamiento y pureza con los placeres inferiores de los sentidos y del apetito. Constituyen como un sobrante, por decirlo así, de la satisfacción diaria que experimentamos en el trabajo necesario de la vida. El deleite producido por lo bello no proviene de la utilidad del objeto; de modo que el cultivo y satisfacción de los sentimientos estéticos es muy semejante á la actividad del juego, en cuanto se emplea sólo por el placer que el mismo proporciona. Por último, los placeres que experimentamos al contemplar lo bello en la naturaleza ó en las obras de arte, son una satisfacción que en alto grado favorece los sentimientos sociales; pues varias personas pueden disfrutar simultáneamente de la vista de un cuadro bueno, ó de un trozo de música buena, aumentándose el placer por el mutuo cambio de simpatías.\*

\* El niño testifica el carácter social del sentimiento estético por su impulso instintivo á llamar la atención de su madre sobre lo que á él le parece bonito.

*Elementos del placer estético.*—El placer que proviene de la contemplación de un objeto bello, en la naturaleza ó en el arte, es de varias especies y de diferentes grados de elevación, según sea la categoría de las facultades mentales especialmente interesadas. (1) La forma más simple del placer estético es el goce sensual producido por un estímulo perfecto del órgano del sentido interesado. El placer que ocasiona un color ó luz brillante, una graciosa curva, ó el tono musical puro, ejemplifica ese elemento sensual. (2) Más elevada es la satisfacción estética que se relaciona con la consciente actividad mental de descubrir relaciones agradables entre esos materiales sensitivos, y más particularmente la combinación de diversos detalles agradables que constituyan un conjunto digno; lo cual implica ejercicio de la facultad perceptiva. Ese elemento de placer estético se realiza al apreciar las relaciones de contraste y armonía que ofrecen los colores, las bellezas de la forma en el espacio, ó sea de la forma según se presenta á la vista, incluso la simetría y proporción; y las bellezas de la forma en el tiempo, ó la grata agrupación de sonidos sucesivos, comprendiéndose el ritmo y metro, juntamente con aquellos arreglos del tono musical que llamamos melodía. (3) Además de esos elementos presentativos del goce de la belleza tenemos los elementos representativos; los cuales incluyen los placeres de la sugestión y de la imaginación. Gran parte del encanto que ofrecen las cosas naturales, como las flores de los campos y el murmullo de una corriente, ó las ruinas de un edificio, etc., depende de la asociación de los objetos á lo que es grato, conmovedor ó sublime.

Finalmente, el goce ocasionado por una obra de arte depende mucho de la apreciación de su fidelidad á la verdad y la vida. Las artes imitativas, particularmente

la pintura, el arte escénico y la poesía, tienen por objeto el presentar algún aspecto de la naturaleza y de la vida humana por medio de la imitación artística, y el placer resultante proviene en parte de reconocer su verosimilitud. En esto, el placer estético se une á la satisfacción propiamente intelectual de aprehender la verdad.

*Juicio estético. Gusto.*—Por lo general, al hablar no diferenciamos el sentimiento de lo bello de la percepción ó reconocimiento de la belleza; y esto manifiesta que el elemento sensitivo se halla estrechamente relacionado con una operación intelectual. La primera apreciación es en gran parte afectiva; esto es, decimos que una cosa es bella porque el contemplarla produce en nosotros un efecto agradable, lo cual puede llamarse juicio estético automático ó inconsciente. El juicio consciente ó inteligente incluye más que esto, es decir, la comparación de un objeto con otro y el reconocer algunos de sus aspectos, v. gr., la pureza del color ó elegancia de forma, como origen específico del placer.

*Modelo ó tipo del gusto.*—La cuestión de gustos es proverbialmente incierta, pues los individuos y las colectividades difieren muchísimo en cuanto á sus preferencias estéticas. Sin embargo, en medio de esas variantes se descubren ciertas uniformidades y leyes del gusto; y estos principios suplen un tipo del gusto con cuyo auxilio el individuo puede regular sus decisiones y juzgar correctamente. El tipo ó modelo se forma en primer lugar observando lo que los mejores críticos de todos los tiempos han aprobado, y suplementándolo por la reflexión sobre la verdadera naturaleza de lo bello y del arte.

Podemos decir que el gusto es malo cuando aprueba algo que la naturaleza normal del hombre condena, como una combinación discordante de los sonidos ó de los co-

lores; y del mero buen gusto tenemos que diferenciar el refinamiento ó delicadeza de distinción. Esto último depende del grado de cultura de la facultad interesada; pues las sencillas preferencias del niño pueden estar bien dirigidas, manifestando buen gusto, mientras que á juicio del adulto resulten faltas de refinamiento ó distinción.

*Desarrollo de la facultad estética.*—El sentimiento de la belleza, en su forma superior y de mayor refinamiento, tarda en formarse, y presupone un período adelantado de cultura intelectual y afectiva. Al principio de la vida no se nota separación entre lo que es bello y lo que es tan sólo agradable al individuo; en la historia de la humanidad, lo mismo que en la del individuo, el sentido estético se desarrolla lentamente, partiendo de la conciencia placentera en general, y se diferencia del sentido de lo útil y grato al individuo.

El orden de desarrollo del sentimiento estético se corresponde con el del triple grado de placer arriba indicado. La primera ruda experiencia que el niño tiene del deleite de la belleza se debe á alguna impresión sensitiva y arrebatadora, como los rápidos movimientos de la luz del sol en la pared, el brillante color del tulipán, el dulce sonido del canto de un pájaro, etc. La apreciación intelectual de la forma (simetría y proporción) presupone el desarrollo de las facultades de observar y comparar, y por lo tanto se efectúa más tarde; los niños sienten primero el encanto de tal ó cual detalle aislado, pero no tienen capacidad para descubrir las relaciones de las varias partes de un todo bello.\* Por último, el goce que proporcionan las sugerencias y la

\* Por eso observa Madame Necker que el niño no percibe todo el pintoresco encanto de un paisaje. Sin embargo, el sentido de la forma en el tiempo, ó sea del ritmo, se desarrolla muy temprano.

significación ideal de las cosas sólo es posible cuando se han multiplicado las experiencias y han adquirido más vigor las facultades representativas. El niño no percibe lo conmovedor de un castillo en ruinas ni la sublimidad del elevado pico de una montaña, porque la experiencia y el pensamiento no han unido todavía á esos objetos numerosas é interesantes asociaciones.

Al propio tiempo que señalamos rudamente el período sensual como primer período, debemos recordar que cada parte de la facultad estética se desarrolla al mismo tiempo; hay en cada parte una transición gradual de lo tosco y grosero á lo refinado del placer, y de lo simple á lo complejo del goce. Así el niño halla placer al principio en los efectos sensitivos más vívidos y fuertes de la luz y del sonido; después, según se desarrolla su sensibilidad distintiva empieza á descubrir encantos más tranquilos, como la belleza de los colores suaves, del color puro, y así sucesivamente. De igual manera se va refinando su apreciación de las combinaciones de los colores y de los sonidos y el de las relaciones de la forma, en el espacio y en el tiempo. Finalmente, á medida que aumenta su experiencia y saber, la significación y sugestión de las cosas le van siendo más valiosas; una flor adquiere mayor encanto cuando la mente llega á comprender su delicada estructura y su corta vida, cuando une á ese objeto multitud de felices asociaciones de la edad temprana, y cuando le da significación moral, etc.

Mientras la facultad estética se desarrolla de ese modo en su parte pasiva ó apreciativa, también se establece y afirma como impulso activo ó creador. Este impulso, que tiene triple raíz en el amor de la actividad, de imitar la naturaleza y de expresar, ó incorporar en palabras, alguna idea interna, es uno de los más primiti-

vos instintos del género humano, y se hace notar muy temprano en la vida del individuo. Los niños manifiestan aun en el primer año de su vida el germen de la creación artística; ya muestran entonces el espíritu de la representación ó imitación; \* muestran un impulso á dar forma á las cosas y arreglarlas con sus manecitas. Según hemos dicho antes, los juegos infantiles son una especie de producción artística natural é inconsciente. Á medida que se desarrollan el gusto y las facultades de ejecución, el niño se deleita en la producción de esos efectos artísticos; y, por otra parte, el ejercicio de los impulsos creadores tiende mucho á fortalecer y aumentar el interés en la contemplación de los productos del arte en general.

Además, según aumenta la experiencia estética del niño, ó sea su familiaridad con lo bello en la naturaleza y en el arte, adquiere mayor fuerza y eficacia su facultad de juzgar. Desde el principio va formando el niño, más ó menos conscientemente, un tipo ó modelo estético á qué referirse, el cual es, en parte, producto de sus gustos y preferencias individuales, pues todo niño propende á imponerlos como ley á los demás; pero este tipo refleja principalmente la autoridad externa bajo la cual vive el niño, esto es, los modelos artísticos en forma de pinturas, trajes, etc., que habitualmente le rodean, y las máximas corrientes que oye á sus padres, maestros ú otras personas. Pero á medida que sus gustos van formándose, que su experiencia artística y su saber aumentan, y que sus facultades de reflexión individual adquieren vigor, el niño perfecciona su primitivo modelo temporal, y penetrando más en el terreno verdadero y universal-

\* Observa Darwin, que su niño á la edad de trece meses ya manifestó cierto instinto del arte dramático, fingiendo que estaba enfadado, para buscar el agradable desenlace deseado: un beso.

mente reconocido del valor estético y artístico, va adquiriendo mayor claridad y precisión de juicio. 62

*Educación del gusto.*—Ya hemos indicado que la educación de los sentimientos da por resultado el desarrollo del gusto. La cultura estética debe su importancia, relativamente á la educación, al hecho de que refinando los sentimientos, separándolos de los intereses personales y uniéndolos á objetos de percepción común, aumenta y eleva grandemente los orígenes de la felicidad infantil.

El desarrollo del gusto implica ciertas condiciones externas, entre las cuales desempeña importante papel la educación. Las circunstancias sociales ejercen gran influencia, por lo menos en la edad temprana; porque como ya se ha dicho, al niño le sugiere la idea de la belleza lo que él mismo ve y lo que oye á otras personas. De ahí que por el dominio de las circunstancias artísticas y por la enseñanza directa pueda hacer mucho el educador para formar el gusto creciente del niño.

En primer lugar, puesto que la facultad estética se desarrolla por el ejercicio en convenientes materiales (lo mismo que sucede con las demás facultades), importa rodear al niño desde un principio, de cosas bonitas, atractivas y de gusto. Al desarrollar el gusto, como cualquiera otra facultad, debemos recordar que las primeras impresiones son las que producen efecto más duradero. Desde edad muy temprana se procurará fundar la afición á los espectáculos de la naturaleza, ofreciendo y fijando cuanto sea posible en la mente joven las impresiones naturales, los colores de la tierra, del agua y del cielo, y los múltiples sonidos agradables producidos por las corrientes de agua, por el viento en los bosques y por los seres vivos. Sólo á favor de esa temprana

compañía con la naturaleza es como pueden formarse las más valiosas asociaciones estéticas.

En segundo lugar, mucho puede lograrse por los padres ó maestros dirigiendo la atención del niño hacia lo bello que presenten las circunstancias naturales, señalando aquellos aspectos de los objetos que resulten agradables á la vista y la mente, y poniendo así en ejercicio la facultad estética. El educar la parte sensitiva de la facultad es en sí mismo un trabajo considerable, porque todos propendemos á no fijarnos en los caracteres precisos de las impresiones sensitivas, en los más delicados detalles del claro oscuro, color y líneas de los objetos, debido á que sus sugerencias, es decir, los objetos mismos, sus empleos, etc., nos ofrecen un interés superior. El niño que ve un tronco de árbol cubierto parcialmente de musgo, ó una antigua pared en la cual han crecido líquenes y flores, suele prescindir de estos detalles, para él insignificantes, y pararse á considerar la altura del árbol ó de la pared, y si podría ó no trepar hasta arriba. Para ver con exactitud lo que se halla presente á la vista es necesario que haya especial interés en las impresiones sensitivas, y hábito de atención sostenida; por lo que al educar la facultad estética debe procurarse el desarrollo de esa más delicada y rara especie de facultad observadora para la cual nada resulta demasiado común ó insignificante. Igualmente puede lograr mucho el educador llamando la atención del niño sobre las formas bellas de los objetos, la hermosa simetría de la montaña, la varia curva del trayecto del río, la severa regularidad de los cristales y las graciosas proporciones de las formas vivas. Ejercitando las facultades imaginativas y reflexivas del niño, y también por medio de la instrucción directa, se deben hacer notar aquellas ricas y poéticas sugerencias de